

tituto educan cerca de ochocientas niñas, el bello establecimiento en que los Hermanos de las escuelas cristianas instruyen en las primeras letras cuatrocientos muchachos, y los colegios de S. Benedicto y de Bebek, en que los Lazaristas enseñan cerca de seiscientos jóvenes. Tal ha sido la conducta constante de las congregaciones católicas, derramar en todas partes la fe y la civilización con fervor y abnegación que formarán por sí eternamente su mejor elogio. La educación de los pobres ocupa con particularidad el cuidado de estos institutos, de tal modo que nadie podrá con justicia atribuir á especulación los esfuerzos de su celo desde que ningun individuo deja de ser instruido por falta de dinero. Los Lazaristas poseen una imprenta que les proporciona todos los libros necesarios para sus establecimientos. Los Turcos empiezan á conocer el mérito del catolicismo, que produce tan útiles establecimientos: profesan á las religiosas una veneración profunda, y algunos han preferido para sus hijos los colegios de los Lazaristas á la enseñanza de sus ulemas, cuyos defectos no pueden ocultárseles. No pueden gloriarse de haber obtenido iguales resultados los ministros anglicanos y los metodistas de Norte-América establecidos en Constantinopla: á pesar que su número es muy considerable, y grande la cantidad de Biblias distribuidas en el pueblo, el de sus prosélitos hasta hoy no es conocido. Estos ministros, venidos al Levante desde tierras tan remotas, no dejan por eso de lograr otro fruto de sus trabajos, y mas positivo para ellos por cierto que el de convertir almas; son las gruesas cantidades que les dan como paga las Sociedades bíblicas que los envían.

CAPÍTULO V.

Gallipoli. — La Romelia. — Adrianópolis. — Extension que toma la misión católica de Sofía con la libertad de que goza. — Comparacion. — Nuevos excesos de fanatismo que se dejan ver á cada paso. — ¿Á qué están hoy reducidos los establecimientos del monte Athos? — Atrincheramientos de la rebelion. — Salónica. — La Grecia. — Sensacion profunda que producen los monumentos de Atenas. — Prision de Sócrates. — La cruz del Areopago. — El Parthenon y el templo de Teseo consagrados al culto cristiano. — ¿Por qué no lo están hoy? — Grandes columnas de Júpiter Olimpo. — El templo de Baco. — Analogía. — Lámpara solitaria.

La fisonomía del interior de la Turquía europea es casi siempre uniforme: vastos territorios incultos, pueblos miserables, mezquitas y sucios cementerios son el espectáculo ordinario que ofrecen á la consideracion del viajero aquellos países, donde tan risueños paraísos figurara la mitología de los paganos y la imaginacion ardiente de los poetas. Gallipoli y la Romelia, tan florecientes bajo el imperio del Oriente, no presentan hoy sino ruinas y vastas soledades, donde el alma mil motivos encuentra para entregarse á la meditacion de la inconstancia de las cosas humanas. Esos campos presenciaron sucesivamente la victoria de la Cruz sobre el paganismo romano, y la ruina del imperio cristiano vencido y conquistado por la potencia otomana. Adrianópolis, la mayor de las ciudades de la Romelia, donde tantos bellos monumentos de la grandeza y esplendor de los Romanos se conservan aun, deja ver convertidas en mezquitas las soberbias iglesias dedicadas á Cristo por el fervor de sus

adoradores. El arzobispo griego, considerado en su comunión como el inmediato en rango al de Constantinopla, rodeado del fausto que le proporcionan las contribuciones que le pagan sus ciento treinta mil afiliados y los cincuenta y siete monasterios sometidos á su jurisdicción, no ha tenido medios para dedicar á Dios templos mas decentes y mas dignos que los que posee allí la religion griega. Repugna ciertamente ver al ministro vestido de telas ricas, sentado en un gran trono, rodeado de subalternos pendientes todos de su voz; mientras tanto el objeto de ese culto, sin solemnidad que hable al corazón, sin pompa que eleve los sentimientos del alma, y sin esa grandeza que el Autor de la religion quiso imprimir en las ceremonias que inspiró él mismo para servir de símbolo á los del cristianismo, ve consagrados al siervo los respetos debidos al Señor. En las catedrales griegas he presenciado este espectáculo, que si bien puede dejar satisfecho el amor propio de quien lo ofrece, no es el mas á propósito para dar ideas ventajosas de su celo por el honor de la Majestad Divina.

Los católicos de la Romelia, asistidos por los vicarios apostólicos de Sofía, de Duratzo y Calamata, se aumentan considerablemente, merced al fervor de sus misioneros. Los Capuchinos cuentan ya en estos puntos diversos establecimientos, por graves que hayan sido los obstáculos de todo género opuestos á su celo por los disidentes. En esos lugares, regados en otro siglo con sangre de cristianos que derramaba con profusion la cuchilla mahometana, creyendo ofrecer á Dios una accion meritoria, hoy no es esta el enemigo encarnizado con quien tiene que combatir dia por dia la constancia de los fieles. Merced al celo de las potencias católicas, y merced tambien á las luces que penetran en el gabinete turco, los pachás no son ya los perseguidores dados del nombre cristiano; los Griegos les han sucedido, y á estos vemos desplegar esa actividad incansable para perseguir á los verdaderos creyentes del Evangelio que caracterizó á los ma-

hometanos. En todos los países que domina el poder otomano, reina tan completa tolerancia cual no conceden jamas otros gobiernos europeos que se dicen cristianos. Los Capuchinos, expulsados de Tiflis, por ejemplo, y establecidos libremente en Sofía y en Trebisonda, garantizan bien la verdad de nuestro dicho. Cuando hemos visto al zar pretendiendo para sí el derecho de proteger á los cristianos, apoyando su demanda en la fuerza que le presta medio millon de bayonetas, y comparado luego la tolerancia del gobierno turco con la intolerancia moscovita, hemos creído ver á esta dando con sus hechos un rechazo á aquella absurda y temeraria pretension. Quiere proteger á los cristianos de un territorio ajeno el que en el propio los persigue, expulsa sus misioneros, cierra sus templos, y protesta á cada paso contra el culto que profesan. Esta proteccion, si algunos la necesitan, son por cierto los católicos, para ponerse á cubierto de ese rencor que contra ellos abrigan los Griegos disidentes en todas partes. En la Romelia se oyen á cada paso sus clamores, lamentando los males que aquellos les hacen experimentar, y la justicia del sultan mas de una vez ha castigado con rigor á estos verdaderos opresores de hombres inocentes.

El monte Áthos levanta su cabeza entre los promontorios que entran en el mar de Grecia; mirado con respeto en todas las edades, fué célebre, principalmente cuando un crecido número de cenobitas consagrados al estudio de las letras ponian al alcance de todos los tesoros que encerraban los preciosos manuscritos de sus bibliotecas. ¿Mas á qué han venido á reducirse los venerandos monasterios del monte Áthos? Antes de la revolucion de Grecia, que concluyó con su ereccion en reino independiente de la Puerta Otomana, él contaba veinte y dos conventos, quinientas capillas, cuatro mil monjes y un número crecido de ermitaños que vivian en grutas abiertas en las escabrosidades de la montaña. Todos estos individuos cultivaban la tierra, cuidaban grandes vi-

ñas, y educaban un número de abejas tan considerable, que la cosecha de la cera llegaba en sus colmenas anualmente á cuarenta mil quilógramos (1), que se exportaban por Álvora, pueblo habitado por quinientos monjes. En medio de este país monacal se encontraba el vasto seminario que proveía de teólogos á la Iglesia griega y de obispos á sus catedrales. Su situación actual es muy diferente, tanto en el número de los conventos como en el de sus moradores ó profesos. El número de aquellos llega á veinte, y muchos de ellos, sumamente pobres, han adoptado la costumbre de reconocer como *goumenos* ó abad al que trae en su turno mas copiosa limosna al monasterio, por lo ménos durante todo el tiempo que corra, hasta que otro mas afortunado, juntando una cantidad mayor, arranque de sus manos el báculo abacial. Ingenioso disfraz de una verdadera simonía, que abre paso hasta los puestos mas altos en aquellos claustros á sugetos los ménos aparentes para desempeñarlos. « La manera de vivir de todos estos monjes, dice un viajero moderno, se asemeja mucho á los usos dominantes entre los del monte Sinaí. Cada convento contiene muchas capillas, y se encuentran tambien estas en gran número en diversos puntos de sus posesiones con casas que ellos llaman *kellia*, y que manifiestan haber sido ántes celdas de ermitaños; pero hoy son habitadas por uno ó dos monjes, que cuidan los jardines y viñas del contorno. Estas casas, que ordinariamente están construidas á distancia de los conventos, se llaman *metochies*. Los monjes disfrutaban una vida tranquila: en general son muy poco instruidos; no obstante gozan de gran veneracion entre los religiosos de los otros conventos griegos que existen en el Sinaí, Líbano, Antioquía, Alejandría, Damasco, Grecia y Rusia. Todos estos ven en los monasterios de la *Montaña Santa* su modelo y el lugar donde las reglas monacales se observan del modo

(1) 80,000 libras aproximadamente.

mas perfecto, y las ceremonias se practican de la manera mas santa. » Esto es cuanto queda del célebre monte Áthos, y en verdad muy poco para el que conoce la grandeza de sus monasterios, en la época en que sus habitantes gozaban colosal reputacion de sabios, y sus penosas investigaciones influian en las cuestiones mas difíciles de la literatura griega que solian agitarse entre los eruditos de Europa. Los monjes dejaron el trabajo, ímprobo para ellos, de traducir los pergaminos que nos revelaban las ideas y los pensamientos de siglos distantes: la abnegacion y el amor á las ciencias que distinguió á tantos individuos formados en sus claustros emigraron, y los viejos pergaminos de sus bibliotecas no se mueven ya sino por la solicitud del viajero que mediante algunas monedas obtiene permiso para hojearlos. Como los otros del Oriente, no son ya estos conventos asilo del talento que busca silencio y soledad para entregarse al estudio sin reserva; sus celdas no ocultan alguno de esos hombres desengañados del mundo, que no quieren vivir sino para la meditacion de las verdades que encierran la filosofía mas profunda é importante de la vida; y sus reglas, en fin, no nivelan la conducta del que abandonó familia, patria, fortuna y esperanzas, por decir á Dios con verdad: « Sois vos la herencia que elegí, y vos solo la esperanza de mi corazón. » En vez de todo esto encontraremos el foco de las rebeliones de la Grecia y el mas formidable atrincheramiento de los que predicaban sublevacion y guerra contra autoridades legalmente constituidas.

Salónica (1), cuyos fieles merecieron cuidados tan especiales á S. Pablo, Salónica, que abrazó las verdades del Evangelio con gozo tan intenso, y las practicó con tal fervor « que pudo servir de modelo para todos los cristianos de Acaya y Macedonia, » no conserva hoy con certidumbre ni la memoria de los sitios ennoblecidos con la presencia de

(1) La antigua Tesalónica.

aquel primer Apóstol de las Gentes. Caida en el cisma del Oriente, soporta todas sus consecuencias, y especialmente la desidia de sus sacerdotes que olvidaron del todo lo que les escribía aquel: « *No apagueis vuestro espíritu* (1). » Viven todavía los arcos soberbios erigidos á César y á Constantino, vencedores en las inmediaciones de Salónica; viven los recuerdos de Teodosio, que apagó allí con sangre humana el fuego de la rebelion, y aun los lugares de placer subsisten manchados por las abominaciones del paganismo: miéntras tanto ningun monumento se encuentra que recuerde el mas memorable de los sucesos que ha presenciado Salónica, ni una cruz siquiera grabada en alguna piedra consagrada á la memoria de los triunfos de S. Pablo. Y no se diga que los mahometanos han derribado algun soberbio templo, ó alguna pirámide colosal levantada para señalar este acontecimiento tan glorioso para el cristianismo; ningun monumento de esta naturaleza han destruido los mahometanos en Salónica: trasformaron los templos cristianos en mezquitas, pero conservaron hasta sus nombres primitivos como les oimos decir: por ejemplo, la mezquita de S. Demetrio. La cátedra que muestran los Griegos como de S. Pablo, es evidentemente de época muy posterior al siglo del Apóstol.

Las inspiraciones que el alma siente al divisar esos grupos de montañas, esa tierra y esos mares á cuyos nombres se liga la historia de mil héroes y de mil sabios junto con los clásicos recuerdos de una de las mas célebres naciones, la trasportan, decia Chateaubriand, al país que trazaron á una las bellas poesías de Píndaro, las obras de Homero y la historia toda de la famosa Grecia. Pero cuando se piensa en lo que era la Grecia de Solon, Leonidas y Pericles, y se mira lo que es hoy cuando solo escombros se ven en todas partes como últimos restos de pueblos he-

(1) Cap. v, carta I.

róicos é ilustrados, la admiracion y el dolor nos hablan en medio del silencio pavoroso que preside á las ruinas solitarias. « Si estas ruinas, que recuerdan ilustres memorias, descubren la vanidad de las cosas humanas, debemos convenir sin embargo que valen algo aquellos nombres que sobreviven á los imperios que immortalizan los tiempos y las ciudades. » Ningun país en el mundo ha sufrido trasformaciones tan completas como la Grecia: aquellas costumbres severas y aquel patriotismo acendrado que producian generaciones de héroes, y ese amor al estudio y á la meditacion que formaba legisladores, filósofos y poetas, fueron declinando para dar entrada á los placeres y á las aspiraciones personales, que acarrearón primero al Estado su postracion y despues su ruina á los individuos. « Se han investigado las causas de la decadencia del imperio romano, y se podrian formar gruesos volúmenes de las que apresuraron la caida de los Griegos. No fueron las mismas las que destruyeron á Aténas y á Sparta que las que arruinaron á Roma: aquellas no cayeron por el peso de su mole inmensa, ni por la grandeza de su dominacion. Ménos fueron las riquezas las que influyeron para precipitar su ruina, pues sabido es que ni el oro de sus aliados ni la abundancia que el comercio proporcionó á Aténas fueron extraordinarios, y que ni entre sus ciudadanos se vieron aquellas asombrosas riquezas, origen frecuente de la corrupcion de costumbres. La República fué siempre tan pobre que vivió muchas veces á expensas de los reyes de Asia, los cuales contribuian tambien á los gastos de sus mas célebres monumentos. » La verdadera causa de su ruina fué primero la guerra que dividió á dos naciones llamadas á vivir perpetuamente unidas por identidad de costumbres, de intereses y forma de gobierno; lo fueron tambien las divisiones intestinas que consumian á Aténas, y de las que eran víctimas los ciudadanos mas ilustres, y en fin lo fué el monstruoso desórden que producía la ingerencia que las leyes daban en los ne-

gocios públicos á una muchedumbre antojadiza. « Hay un pueblo, decían los diputados de Corinto á los Spartanos, que solo ansía por novedades : pronto en pensar, pronto en obrar, y cuyo arrojo excede con mucho á sus fuerzas (1). » Este pueblo novelero é irreflexivo no podia ser de larga vida, despues que sobre sus propias lijerezas venia á amontonar las venganzas de sus émulos los Spartanos. Aquellas prepararon los triunfos de estos, de modo que por la misma puerta que abriera la discordia para arrojar del seno de la patria á los hombres mas meritorios, entraba triunfante en Aténas el soldado de Sparta, poniendo el sello á la desgracia de la nacion griega.

Pero estas dos célebres Repúblicas no han corrido en su ruina la misma suerte : miéntras que Sparta yace enteramente olvidada, todos nombran á Aténas con entusiasmo, y las glorias todas de la Grecia parece que á ella sola pertenecieran exclusivamente. Los combates de Leuctra y Mantinea borraron, se puede decir, el nombre de la fiera Sparta, cuyas glorias eran adquiridas principalmente por su fuerza y su valor; pero Aténas, reducida á escombros, recibe la visita de sus vencedores : uno llora sobre sus destruidos monumentos, otro hace inscribir su nombre en el rol de sus ciudadanos, y algunos se honran con el título de discípulos de Demóstenes y de Platon. El emperador Adriano adorna con bellas obras la patria de Pericles, Constantino el Grande se llena de gozo sabiendo que en Aténas se le ha dedicado una estatua, y Juliano, al dejar la Academia, da muestras de su profundo sentimiento. « Los Crisóstomos, los Basilio y los Cirilos vinieron, como Ciceron y como Ático, á estudiar la elocuencia en su verdadera fuente; y hasta en la edad média es llamada Aténas la *Escuela de las ciencias*. Cuando Europa despierta de la barbarie, clama al instante por Aténas, y en todas partes pregunta por ella;

(1) Tucídides, lib. 1.

cuando llega á saber que existen aun sus ruinas, todos los sabios corren á verlas, cual si hubiesen hallado las cenizas de su madre. » ¡ Justo premio debido á las virtudes y á las luces, que los hombres respetaron en todos los siglos y en todas las naciones !

Muy distante todavía de Aténas divisaba ya las columnas del Parthenon, pero á semejanza de los troncos secos de una frondosa selva que tronchó furioso el huracan. No tardé en acercarme, y de pié sobre el Acrópolis contemplé la imponente majestad que forma el conjunto de las ruinas de ese hermosísimo edificio. Mas ¡ ah ! en él así como en el Erecteo, en el teatro de Heródes Ático, en los templos de Baco, de Júpiter y de Teseo, en el Odeon y en todos los otros restos de monumentos que en un tiempo fueron el esplendor y orgullo de la Grecia, y hoy miramos esparcidos por Aténas, no me parecia ver mas que esqueletos carcomidos, sembrados en un campo de batalla. Quanto mas se contemplan estas ruinas, tanto mas se aprecia la grandeza de la nacion que fué capaz de concebir y llevar á cabo obras semejantes; pero tambien se comprende la magnitud del golpe que la precipitó hasta caer como los monumentos, hechura de sus manos. Yo atravesaba las estrechas callejuelas abiertas al través de aquellas inmensas ruinas : estatuas mutiladas, cornisas y chapiteles quebrados y amontonados á uno y otro lado encontraba en rededor de mí; á cualquier parte que volviese la vista no veía sino ruinas, montañas áridas y campos sin cultivo. Parado en medio del Pnix, apenas encontraba restos de esa cátedra desde donde los oradores arengaban á la multitud agolpada para oirles. Todos los alrededores estaban desiertos; y Aténas misma, aunque vuelve á nacer de entre los escombros, es envuelta de un manto de tristeza y bajo la influencia de una atmósfera á quien la impresion de las ruinas y de los recuerdos hace monótona y melancólica.

Pocas impresiones pueden recibirse tan tristes como las

que produce el aspecto de tantas ruinas agrupadas, por decirlo así, en el recinto de la antigua Atenas. Las viejas ciudades del Oriente dejan contemplar con frecuencia escombros de templos consagrados por el culto pagano, grandes coliseos en cuyo seno vieron unos hombres morir á otros devorados por las fieras, vastas plateas sobre las cuales pueblos estimulados por pasiones violentas, cuyos excesos no vedaba su fe, representaron escenas las mas repugnantes; pero todos estos lugares, cubiertos hoy de yerba y de árboles silvestres, nada representan tan al vivo como la ruina de una religion que minaba con sus vicios la existencia de los pueblos que la profesaban, ni nada mas que la desaparicion de hechos tan chocantes para la razon como para la conciencia no corrompida aun. No sucede así con las ruinas de la Grecia: el Parthenon, el Pnix, el Propyleo y el Areopago nos recuerdan los esfuerzos combinados del poder y de la inteligencia humana por elevar á una nacion hasta el mas alto apogeo de grandeza y esplendor. Si á su lado se ven recuerdos tan degradantes para el hombre como los que ofrecen el templo de Baco y el Júpiter Olimpo, es para convencernos que ese hombre abandonado á sus propias luces nada puede producir bello ni perfecto. Sócrates mismo, el mas célebre de sus filósofos, la inteligencia mas esclarecida de sus sabios, defendiendo allí el suicidio en su postrera hora, no hace sino arrojar un rayo mas de luz sobre aquella verdad, demostrada por los monumentos, la filosofía y la historia toda de los Griegos. Desde el Acrópolis miraba yo la prision del filósofo, recordando al lado de sus virtudes morales, y del celo por reformar las costumbres relajadas de su época que tanto le distinguieron, los vacíos que dejó y los defectos en que incurrió.

Ni Sócrates ni ningun filósofo pudo discurrir doctrina tan pura, ni sistema de moral tan perfecto como el que los sabios de la Grecia oyeron desarrollar en el Areopago á un hombre extranjero. Sócrates y su escuela, enseñando la

existencia de un Ser perfecto y de quien todo depende, no acertaron á recomendarle al culto de los pueblos sino con el nombre de « Dios no conocido. » Pero aquel, sin trepidar un momento: « Ese que vosotros adorais sin conocer, les dice, ese mismo es el que yo os anuncio. Ese Dios, siendo Señor de cielo y tierra, no mora en templos edificadas por los hombres, sino que llena el universo, y da vida y respiracion á todo. » Esa voz produce una impresion profunda en las mas altas capacidades del Areopago, y los que habrian desdeñado recibir lecciones de los filósofos mas distinguidos, rinden su entendimiento á este hombre desconocido que cautiva los corazones con la persuasion admirable de su palabra. El cristianismo se gana prosélitos entre los Griegos mas ilustres, y Pablo cuenta entre sus discípulos al distinguido Dionisio Areopagita. El Areopago no existe, ni de él he visto mas que una escala derruida, los vestigios de sus cimientos y uno que otro pedazo de cornisa esparcidos por el suelo. Tambien sus doctrinas perecieron, y hoy nadie las estudia, sino como hechos consignados en la historia para trasmitirlos á las edades venideras. Mientras tanto aquella doctrina inefable que desarrollaba Pablo en presencia de sus sabios, subsiste sin alteracion despues de atravesar casi veinte siglos; sus verdades han llegado á ser el dogma de la mayoría de los pueblos, y sus misterios cada dia encuentran nuevos creyentes, que rinden el entendimiento y el corazon bajo el yugo suave del Evangelio. ¡Ved ahí un hecho sorprendente mas que todos los soberbios monumentos que nos restan de la sabiduría y del esfuerzo de los Griegos! La fe simbolizada en esa cruz que vemos esculpida sobre las enormes piedras del cimiento del Areopago, ha atravesado ya diez y nueve siglos; atravesará diez y nueve mas, y cuando haya contado uno por uno todos cuantos han de sucederse hasta la consumacion de los tiempos, estará tan jóven, tan fuerte y tan hermosa como cuando salió del corazon del Verbo destinada á renovar toda

la tierra. Esas enormes columnas del Parthenon y del Olimpo, que admiramos hoy en pié, caídas y deshechas, atravesarán después los mares para ir á hermohear los palacios que habrán de fabricarse en los países hasta hoy desconocidos en el interior de Australia, ó para enriquecer los museos científicos que se abrirán en las regiones ahora cubiertas por espesos bosques en la Oceania; las inmensas moles amontonadas para formar los cimientos del Areopago, holladas por la planta de mil generaciones nuevas, serán reducidas á polvo... ningún vestigio quedará de todas esas obras del esfuerzo de tantas sucesiones de héroes y de sabios: pero mientras tanto la obra por excelencia de ese Dios desconocido para ellos no habrá perdido ni la más mínima de sus bellezas.

El Parthenon y el templo de Teseo estuvieron, ántes de la caída del imperio griego, consagrados al culto cristiano; ambos conservan todavía restos de los frescos que les decoraron. El primero llevó el nombre de Santa María, y el segundo el de S. Jorge; pero los sacerdotes que con sus divisiones y rivalidades acababan de perder Bizancio y con ella la gran basílica de Santa Sofía, dedicada desde su principio á Jesucristo, ménos pudieron conservar el Parthenon ni el templo de Teseo, que ocuparon con Aténas los islamitas. No son los cismáticos los que están llamados á permanecer hasta el fin de los tiempos, ni los que dividieron la unidad del principio religioso, acarreándose á sí mismos la disolución y la muerte, pueden dar vida á ninguna obra puesta bajo su inmediato influjo. Así vemos que la Iglesia de Occidente conservó intactos sus templos de Roma al frente de Atila y bajo el yugo de Alarico; y mientras la presencia venerable de su Pontífice bastó para salvar de la devastación y del incendio los monumentos preciosos que encierra la ciudad eterna, la Iglesia de Oriente, invadida por los musulmanes, ni uno pudo preservar de la profanación mahometana, no sirviendo la persona de sus obispos sino

para atizar discordias que abrían el paso á los infieles más que la pujanza misma de su poder. Pero aun más: liberada la Grecia de la dominación otomana, las bóvedas del templo de Teseo no han vuelto á resonar con el canto de la salmodia, y ni una sola piedra del Parthenon hemos visto movida por el celo de los sucesores de Focio, empeñados en repararlo para que vuelva á servir al culto de María. El primero es un museo donde se guardan las estatuas y los relieves que escaparon mejor de la devastación; y la suntuosa obra de Pericles se conserva del mismo modo que la dejaron las bombas de los Venecianos y la artillería de los Turcos.

Las grandes columnas del templo de Júpiter Olimpo se ven en medio de un campo despoblado; cerca de ellas bebían y danzaban reunidos una multitud de hombres y mujeres la primera vez que yo las visitaba, renovando las escenas repugnantes que sucedían allí mismo, cuando la sangre de animales coronados de rosas y laureles regaba el pavimento del altar, entre la bulliciosa algazara de un pueblo que buscaba la embriaguez y los placeres en los sacrificios mismos con que honraba la majestad de sus dioses. Pero estas ideas se me ofrecían más vivas todavía cuando miraba el templo de Baco cavado en las rocas del Acrópolis: en esa caverna resonaron un día los ecos voluptuosos de las bacantes; esos muros estuvieron cubiertos con figuras ofensivas al pudor, y los alrededores de ese sitio fueron testigos de excesos de todo género, que el hombre en la ceguera de su razón llegó á estimar como sacrificio agradable á Dios. En el fondo de la gruta, en el altar mismo de donde un lord inglés arrancó la estatua de Baco para venderla después á peso de oro, está colocada hoy una imagen de María. Una humilde lamparita ardía colgada sobre el altar, y alumbraba á la más pura entre las vírgenes en el sitio donde se realizaron los crímenes más escandalosos que pudo cometer la insaciable brutalidad de las pasiones humanas.